

IRÈNE  
NÉMIROVSKY  
DAVID GOLDER

TRADUCCIÓN DE MAURO ARMIÑO



PUNTO DE VISTA EDITORES

Colección CLÁSICOS, 14

© Edición y traducción del francés, Mauro Armiño, 2026

© De esta edición, Festina Lente Ediciones, SLU., 2026

Todos los derechos reservados.

Primera edición: octubre, 2026

Publicado por Punto de Vista Editores

C/ Mesón de Paredes, 73

28012 (Madrid, España)

info@puntodevistaeditores.com

puntodevistaeditores.com

@puntodevistaed

Al cuidado de la edición: Alberto Vicente

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Corrección: Luis Porras Vila

Diseño de colección y de cubierta: Joaquín Gallego

ISBN: 979-13-87624-61-3

Thema: FBC

Depósito legal: M-22060-2026

Impreso en España

Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)

# Sumario

|              |    |
|--------------|----|
| PRÓLOGO      | 9  |
| DAVID GOLDER | 27 |

IRÈNE  
NÉMIROVSKY  
DAVID GOLDER

—No —dijo Golder.

Levantó bruscamente la pantalla a fin de proyectar toda la luz de la lámpara sobre el rostro de Simon Marcus, sentado frente a él al otro lado de la mesa. Durante un momento miró los pliegues, las arrugas, que corrían por toda la alargada cara oscura de Marcus en cuanto sus labios o sus párpados se movían, como en un agua sombría, agitada por el viento. Pero los ojos pesados, soñolientos de oriental, permanecían sosegados, aburridos, indiferentes. Un rostro cerrado como un muro. Golder bajó con precaución el brazo de metal flexible que sostenía la lámpara.

—¿A cien, Golder? ¿Has hecho bien las cuentas? Es un buen precio —dijo Marcus.

Golder murmuró de nuevo.

—No.

Añadió:

—No quiero vender.

Marcus se rio. Sus largos dientes brillantes, recubiertos de oro, centelleaban extrañamente en la penumbra.

—En 1920, cuando compraste tus famosas petrolíferas, ¿qué valían? —preguntó con su voz gangosa, irónica, que arrastraba las palabras.

—Compré a cuatrocientos. Si esos cerdos de sóviets<sup>1</sup> hubieran devuelto los terrenos nacionalizados a los petroleros, habría sido un buen negocio. Tenía a Lang y su grupo detrás de mí. En

1 *Sóviet* (consejo obrero) fue el nombre de organismos y organizaciones políticas y gubernamentales de los últimos tiempos del Imperio ruso que, con la Revolución rusa de octubre de 1917, se transformaron en entidades con jurisdicción para, entre otras tareas, negociar con sociedades extranjeras la venta, como en este caso, de los pozos petrolíferos.

1913, la producción diaria de Teïsk era ya de diez mil toneladas... Nada de exageración. Después de la conferencia de Ginebra,<sup>2</sup> mis acciones cayeron primero de cuatrocientos a ciento dos, lo recuerdo... Luego... —Hizo un gesto vago con la mano—. Pero las conservé... En esa época había dinero.

—Sí. Y ahora, en 1926, ¿te das cuenta de que unos terrenos petrolíferos en Rusia son para ti pura mierda? ¡Eh!, imagino que no tienes ni los medios ni el deseo de ir a explotarlos personalmente... Todo lo que se puede hacer es ganar algunos puntos creando movimientos de Bolsa... Cien es un buen precio.

Golder se restregó muy despacio sus hinchados párpados, quemados por el humo que llenaba la estancia.

Dijo de nuevo, más bajo:

—No, no quiero vender. Solo cuando la Tübingen Petroleum haya cerrado ese acuerdo para la concesión de Teïsk en el que estás pensando, entonces vendo.

Marcus pronunció una especie de «¡Ah!, sí», sofocado, y eso fue todo. Golder dijo lentamente:

—El asunto que estás tramando a mis espaldas desde el año pasado, Marcus, ese mismo... ¿Te ofrecían un buen precio por mis acciones una vez firmado el acuerdo?

Se calló, porque el corazón le latía de un modo casi doloroso, como con cada victoria. Marcus aplastó lentamente su puro en el cenicero lleno.

«Si dice a medias —pensó bruscamente Golder—, va de cráneo».

Inclinó la cabeza para escuchar mejor la voz de Marcus.

Hubo un breve silencio, luego Marcus dijo:

—¿Y si vamos a medias, Golder?

Golder apretó las mandíbulas:

—¿Cómo? No.

Marcus murmuró pestañeando:

2 Antes de la Primera Guerra Mundial hubo en 1906 y 1907 convenciones en Ginebra para revisar los protocolos de reuniones anteriores (1864, 1899), que habían dado nacimiento oficial al derecho internacional humanitario y protegía de ataques al personal sanitario en tiempo de guerra.

—¡Ah!, no es necesario que te busques un enemigo más, Golder. Ya los tienes de sobra.

Sus manos apretaban la madera de la mesa y la agitaban débilmente con un breve rechinar de uñas, rápido y agudo. Alumbrados por la luz de la lámpara, los largos dedos enjutos, blancos, cargados de pesadas sortijas, brillaban sobre la caoba del escritorio estilo Imperio;<sup>3</sup> temblaban levemente. Golder sonrió.

—Ahora ya no eres muy peligroso, amigo mío...

Marcus calló un momento, examinando con aplicación sus uñas pintadas.

—David... ¡a medias!... ¡Eh!... Somos socios desde hace veintiséis años. Borrón y cuenta nueva. Si hubieras estado aquí en diciembre, cuando Tübingen habló conmigo...

Golder retorció nervioso el hilo del teléfono, lo enrolló alrededor de su muñeca.

—En diciembre —repitió con una mueca—; sí... eres muy amable... solo que...

Se calló. Marcus sabía tan bien como él que, en diciembre, estaba buscando capitales en América para la Golmar, la sociedad que desde hacía tantos años los unía como la bola de hierro de los forzados. Pero no dijo nada. Marcus continuaba:

—David, todavía hay tiempo... Es mejor, créeme... ¿Quieres que tratemos juntos con los sóviets? El asunto es complicado. Para las comisiones, para los beneficios, a medias, ¿eh?... Es honesto, espero... ¿David?... De otro modo, amigo mío...

Esperó durante un instante una respuesta, una señal de asentimiento, un insulto, pero Golder respiraba con dificultad y permanecía callado. Marcus resopló:

3 Estilo de mobiliario y decoración de moda en Francia entre 1803 y 1821, que coincide con el imperio napoleónico; «y los sillones, las consolas, las mesas, todo el mobiliario, que era estilo Imperio, tenía algo de imponente y de diplomático», dice Frédéric, protagonista de la novela más importante de Flaubert, *La educación sentimental* (2013, Editorial Valdemar, ed. M. Armiño, p. 164). Se caracterizó por el hieratismo, la caoba (hasta el bloqueo continental a las compañías de transporte británicas, en 1806), ausencia de marquetería, decoración de bronce en apliques (coronas de laurel, estrellas, palmetas, ninfas, abejas), temas guerreros, romanos, esfinges... Napoleón impuso en toda Europa su gusto por elementos macizos e imponentes, sobre todo tras sus campañas en la conquista de Egipto.

—Dime, por favor, la Tübingen no es la única en el mundo...

Tocó el brazo inerte de Golder como si quisiera despertarlo:

—Hay otras sociedades más jóvenes, y de... de un carácter más especulativo —dijo buscando las palabras— que no firmaron el acuerdo de 1922 sobre los petróleos y a las que le importan un bledo los antiguos derechohabientes, tú por lo tanto... Estas podrían...

—¿La Amrum Oil? —dijo Golder.

Marcus hizo rechinar sus dientes.

—Vaya, ¿también sabes eso? Pues bien, escucha, amigo mío, lo siento, pero los rusos firmaron con la Amrum. Ahora, ya que te niegas a aceptar, puedes guardarte tus Teïsk hasta el Día del Juicio, puedes acostarte con tus Teïsk en la tumba...

—Los rusos no han firmado con la Amrum.

—Han firmado —exclamó Marcus.

Golder hizo un gesto con la mano.

—Sí. Lo sé. Un acuerdo provisional. Debía ser ratificado por Moscú en un plazo de cuarenta y cinco días. Ayer. Pero, como una vez más, aún no se ha hecho nada, te has preocupado, has venido a intentarlo conmigo de nuevo...

Acabó muy deprisa, mientras tosía:

—Voy a explicártelo. Tübingen, ¿verdad? La Amrum ya le sopló unos yacimientos de petróleo en Persia hace dos años. Por eso creo que esta vez preferiría reventar antes que ceder. Hasta ahora, por otra parte, hasta ahora no ha sido difícil; le ofrecieron más a ese pequeño judío que trataba contigo por cuenta de los sóviets. Llama por teléfono ahora, verás...

De repente Marcus gritó con una voz extraña, aguda, como la de una vieja histérica:

—¡Mientes, cerdo!

—Llama por teléfono, verás.

—Y... el viejo... Tübingen... ¿está al corriente?

—Sí. Por supuesto.

—¡Has sido tú el que lo ha hecho, canalla, crápula!

—Sí. ¿Qué pretendes? Acuérdate... El año pasado, en el asunto del petróleo de México, hace tres años con el gasóleo, ¡buenos

millones que pasaron de mi bolsillo al tuyo! Y luego... —Pareció que seguía buscando argumentos, los reunió en su cabeza, luego los rechazó encogiéndose de hombros—. Los «negocios...» —murmuró con sencillez, como si hubiera nombrado a un dios temible.

Marcus se calló inmediatamente. Cogió de la mesa un paquete de cigarrillos, lo abrió, frotó la cerilla con tesón.

—¿Por qué fumas esas porquerías de Gauloises,<sup>4</sup> Golder, si eres rico?

Sus dedos temblaban enérgicamente. Golder los miraba sin decir nada, como si mirase la vida en los últimos estertores de un animal herido.

—Necesito dinero, David —dijo Marcus de repente con una voz distinta. Una mueca brusca le torció una comisura de la boca—. Tengo... una terrible necesidad de dinero, David... ¿No quieres... dejarme ganar un poco?... ¿No crees que...?

Golder se sacudió salvajemente el aire de la frente.

—No.

Vio retorcerse las manos pálidas, enroscarse una en otra entrelazando los dedos crispados, hundiendo las uñas en la carne.

—Me arruinas —dijo por fin Marcus con una voz sorda y extraña.

Golder, con los ojos obstinadamente bajos, no respondió nada. Marcus dudó, luego se levantó, empujó la silla con delicadeza.

—Adiós, David. ¿Qué? —lanzó de pronto en el silencio con una fuerza extraordinaria.

—Nada. Adiós —dijo Golder.

4 Marca de cigarrillos muy populares en Francia, donde aparecieron en 1910; se produjeron en ese país hasta 2005, y se convirtieron en símbolo nacional a través de películas y personalidades que exhibieron sus preferencias por la marca (Jean-Paul Sartre, Léo Ferré, Julio Cortázar...).

Golder encendió un cigarrillo, pero desde la primera bocanada empezó a ahogarse y lo tiró. Una tos nerviosa de asmático, ronca, sibilante, sacudía sus hombros, le llenaba la boca de un agua amarga que lo asfixiaba. Un repentino aflujo de sangre coloreó sus rasgos, habitualmente blancos, de un blanco mate y mortecino, ceroso, con bolsas azuladas bajo los párpados. Era un hombre de más de sesenta años, enorme, de miembros gruesos y blandos, los ojos color de agua, vivos y pálidos; espesos cabellos blancos rodeaban el rostro consumido, duro, como amasado por una mano tosca y pesada.

El cuarto olía a humo y a ese aroma de hollín frío, característico, en verano, de los apartamentos parisinos largo tiempo deshabitados.

Golder hizo girar su silla, entreabrió la ventana. Durante un buen rato miró la torre Eiffel iluminada. La luz roja, líquida, corría como sangre sobre el cielo fresco del alba... Pensaba en la Golmar. Seis letras de oro, luminosas, resplandecientes, que giraban, también ellas, como soles aquella noche en cuatro grandes ciudades del mundo. La Golmar, dos apellidos, el de Marcus y el suyo, fundidos juntos. Apretó los labios. «Golmar... Ahora, David Golder solo...».

Cogió el bloc de notas al alcance de la mano, releyó el membrete impreso.

#### GOLDER Y MARCUS

COMPRA. VENTA DE TODOS LOS PRODUCTOS PETROLÍFEROS.

GASOLINA DE AVIACIÓN, GASOLINA LIGERA,

PESADA Y MEDIANA.

WHITE SPRIT. GASOIL. ACEITES LUBRICANTES

*Nueva York, Londres, París, Berlín*

Borró lentamente la primera frase, escribió: «David Golder», con su letra gruesa que perforaba el papel. Porque al fin estaría solo. Pensó aliviado: «Se acabó, gracias a Dios, ahora se irá...». Más tarde, una vez cedida a Tübingen la concesión de Teisk, cuando él mismo formase parte de la mayor compañía petrolífera del mundo, reflotaría fácilmente la Golmar.

Hasta entonces... alineó las cifras con rapidez. Aquellos dos últimos años, sobre todo, habían sido terribles. La quiebra de Lang, el acuerdo de 1922... Por lo menos ya no tendría que pagar a las mujeres de Marcus, sus joyas, sus deudas... Bastantes gastos tenía sin él... Todo lo que le costaba aquella vida idiota... Su mujer, su hija, la casa de Biarritz, la casa de París... Solo en París pagaba sesenta mil francos de alquiler, los impuestos. El mobiliario había costado en la época más de un millón. ¿Para quién? Nadie vivía en ella. Postigos cerrados, polvo. Contempló con una especie de odio ciertos objetos que detestaba más particularmente que otros; cuatro victorias<sup>5</sup> de mármol negro y de bronce sosteniendo la lámpara, un tintero vacío, cuadrado, enorme, adornado con abejas de oro. Por todo aquello había que pagar, ¿y el dinero? Masculló con cólera: «Imbécil... me arruinas, ¿y después?... Tengo sesenta y ocho años... Que vuelva a empezar... A mí me ha pasado a menudo».

Volvió bruscamente la cabeza hacia el gran espejo encima de la chimenea desnuda, miró un momento con malestar sus rasgos cansados, pálidos, salpicados de manchas azuladas y los dos pliegues alrededor de la boca profundamente hundidos en la carne espesa, como las mejillas caídas de un perro viejo. Gruñó con rencor: «Uno envejece, sí, envejece...». Desde hacía dos, tres años, se cansaba más deprisa. Pensó: «Ante todo, mañana,irme, ocho o diez días de descanso a Biarritz y que me dejen tranquilo, porque, si no, reviento». Cogió el calendario, lo puso de pie sobre la mesa apoyado en el marco de oro de un retrato de muchacha,

5 Representación iconográfica de la divinidad alegórica que encarna el triunfo, por lo general bajo los rasgos de una mujer alada, con una palma en una mano y en la otra una corona de laurel. En la historia del arte son famosas las Victorias de Delos, de Olimpia, y, la más conocida de todas, la de Samotracia (Museo del Louvre).

lo hojeó. Estaba lleno de cifras y de nombres, la fecha del 14 de septiembre subrayada con un trazo de tinta. Ese día Tübingen lo esperaba en Londres. Lo cual apenas suponía una semana en Biarritz... Luego Londres, Moscú de nuevo, Londres, Nueva York. Lanzó un leve gemido irritado, miró fijamente el retrato de su hija, suspiró, luego se volvió frotándose lentamente los doloridos ojos, quemados de fatiga. Había regresado de Berlín ese mismo día, y hacía mucho que ya no se dormía en el tren como antes.

Sin embargo, estaba levantándose maquinalmente para dirigirse al Círculo, como de costumbre, pero vio que eran más de las tres. «Voy a acostarme —pensó—, mañana, el tren otra vez...». Vio el paquete de cartas para firmar en una esquina del escritorio. Volvió a sentarse. Todas las noches releía el correo preparado por los secretarios. Eran una pandilla de asnos. Pero los prefería así. Sonrió pensando en el de Marcus, Braun, un pequeño judío de ojos ardientes que le había vendido el proyecto del contrato con la Amrum. Empezó a leer, inclinando mucho bajo la lámpara sus espesos cabellos blancos, en el pasado rojizos, donde seguía quedando en las sienes y en la nuca un poco de color ardiente, centelleante, como una llama medio apagada bajo la ceniza.

El teléfono, en la cabecera de Golder, estalló de repente en un largo timbrado estridente, interminable, pero Golder dormía; por la mañana tenía un sueño pesado y profundo, como la muerte. Por fin abrió los ojos con un gemido sordo, cogió el auricular.

—Diga... Diga...

Durante un momento siguió gritando: «Diga, diga», sin reconocer la voz de su secretario, luego oyó:

—Señor Golder... Muerto... el señor Marcus ha muerto...

Él callaba. La voz repitió:

—Oiga, ¿no me oye? El señor Marcus ha muerto.

—Muerto —repitió Golder lentamente, mientras un ligero estremecimiento extraño le corría a lo largo de la espalda—, muerto... no es posible.

—Ha sido esta noche, señor... En la calle Chabanais... sí, en una casa... Se ha disparado un tiro de revólver en el pecho. Dicen que... —Golder dejó despacio el auricular entre las sábanas y apoyó la manta encima, como si quisiera ahogar la voz que seguía oyendo zumbir como un moscón apresado.

Por fin la voz se calló.

Golder hizo sonar la campanilla.

—Prepáreme el baño —dijo al sirviente que acababa de entrar con el correo y la bandeja del desayuno—, un baño frío.

—¿Debo meter el esmoquin del señor en la maleta?

Nervioso, Golder frunció el ceño.

—¿Qué maleta? ¡Ah!, sí, Biarritz... No sé, me iré mañana, tal vez, o más tarde, no sé...

Lanzó un juramento en voz baja, murmuró:

—Habrá que ir a su casa mañana... El martes el entierro, sin duda... Por Dios...

En el cuarto contiguo, el criado hacía correr el agua en la bañera. Él bebió un trago de té ardiendo, abrió algunas cartas al azar, luego tiró todo al suelo y se levantó. En el cuarto de baño se sentó, cruzó sobre las rodillas los faldones de su bata y miró correr el agua con un aire absorto y desapacible entrelazando con un movimiento maquinal las borlas de su cinturón de seda.

«Muerto... muerto...».

Poco a poco lo invadió un sentimiento de cólera. Se encogió de hombros, masculló con odio: «Muerto... ¿se muere así? Si yo...».

—El baño está listo, señor —dijo el criado.

Una vez solo, Golder se acercó a la bañera, metió la mano en el agua, la dejó allí; todos sus movimientos eran extraordinariamente lentos y vagos, inacabados. El agua fría le helaba los dedos, los brazos, la espalda, pero él no se movía, con la cabeza inclinada hacia abajo, mirando con expresión estúpida el reflejo de la bombilla eléctrica, colgada del techo, que brillaba y se movía en el agua.

—Si yo, yo... —repitió.

Viejos recuerdos olvidados emergían desde su propio fondo, oscuros, extraños... Toda una dura existencia, agitada, difícil... Hoy, la riqueza, mañana, nada. Luego, volver a empezar... Y otra vez volver a empezar... ¡Ah!, sí, de veras, hubiera debido hacerlo, hace mucho... Se puso de pie, sacudió maquinalmente su mano mojada, fue a apoyarse en la ventana, presentando alternativamente al calor del sol sus manos heladas. Movía la cabeza, decía en voz alta: «Sí, de veras, en Moscú, por ejemplo, o bien en Chicago...», y su mente, torpe en el sueño, recomponía el pasado en pequeñas imágenes secas y breves. Moscú... cuando no era más que un pequeño judío flaco, pelirrojo, de ojos penetrantes y claros, con las botas agujereadas, los bolsillos vacíos... Dormía en los bancos, en las plazas, en esas sombrías noches de principios del otoño, tan frías... Después de transcurridos cincuenta años, aún parecía sentir en el fondo de sus huesos la humedad penetrante de las primeras nieblas, espesas, blancas, que se pegan

al cuerpo y dejan sobre la ropa una especie de escarcha rígida y helada... Las tormentas de nieve, en marzo, el viento...

Y Chicago... el pequeño bar, el gramófono que emitía con sonidos nasales y chirriantes un viejo vals de Europa, aquella sensación de hambre devoradora, mientras el olor de la cocina caliente le daba en el rostro. Cerró los ojos y volvió a ver con extraordinaria precisión la cara oscura y brillante de un negro borracho o enfermo que gritaba, echado en un rincón, sobre una banqueta, con un ulular lastimero, como un búho. Y también... Sus manos, ahora, ardían. Las apoyó con cautela sobre el cristal, luego las retiró, agitó los dedos, frotó despacio las palmas una contra otra.

—Idiota —murmuró, como si el muerto hubiera podido oírle—, idiota... ¿por qué has hecho eso?